

Azules” murió en dicho enfrentamiento (y ciertamente en una de las sorprendentes Actas de Defunción, la nº 169, se consigna este detalle referido a “Ramiro”, como igualmente se le aplica al grupo de “Cintorrá”), que “Paisano” y el “Manco de La Pesquera” pudieron escaparse del cerco, que si el segundo de ellos fue el traidor, “que si hubo un numero trece” encontrado tiempo después muerto. Seguramente esa misma falta de exactitud alguien aducirá tras estas líneas. No serán mal recibidas sus palabras si posteriormente sus afirmaciones contribuyen a esclarecer lo acontecido. Con ese propósito, algo más de luz sí que podemos dar.

Haciendo un resumen de las palabras del historiador leonés, basadas más que en su propia investigación, en los trabajos de Mercedes Yusta, Sánchez Agustí y Ruiz Ayúcar, se califica el enfrentamiento de “dramático, definitivo y simbólico”, se da cuenta someramente de cómo se produjeron los hechos, y se enumeran algunos de los guerrilleros fallecidos aunque con bastante desacierto en este caso, al guiarse únicamente por las Actas de Defunción, hasta el punto de que el propio autor se ve en la necesidad de rectificar. Por ejemplo se dice que sólo salvó la vida, y que fue detenido, un enlace llamado “Pedro”, cuando en realidad se trata del jefe de la Agrupación, Francisco Bas Aguado, que no fue capturado y que redactó el informe más completo de lo que esa aciaga mañana de noviembre de 1949 aconteció, o que también murió Mateo Sánchez Arozánala “El Abuelo” cuando en realidad este guerrillero de Valdemoro de la Sierra, padre de Tomás Sánchez Gregorio “Poeta”, por esas fechas ya estaba detenido en Cuenca y sería juzgado y fusilado en Ocaña a finales de 1951.

Tampoco las conclusiones del historiador leonés nos parecen las más acertadas. Escribe que: “después de la sarracina de Cerro Moreno, en las tierras levantino-aragonesas sólo se mantenían grupos menguados de supervivientes, ajenos a cualquier proyecto político y guerrillero, esperando marchar a Francia o en una huida hacia adelante que concluirá con la muerte”. Todavía durante dos años y medio la Agrupación continuará en el monte. Ciertamente serán los años más duros, donde los enfrentamientos, las deserciones y las purgas irán diezmando a las partidas. Fue un trienio de subsistencia, pero de lucha armada y con una organización siempre uniforme. Su consideración final a modo de pregunta igualmente me parece incorrecta: “¿A qué grado de desintegración había llegado la AGLA para que fuera posible coger indefensos y dormidos a la mayor parte de los nuevos dirigentes guerrilleros? Evidentemente, una parte de la responsabilidad recayó en el Buró Político que envió a liderar a la resistencia armada a militantes que desconocían totalmente la situación de la España franquista”. Este parecer hace recaer sobre el sustantivo “desintegración” una carga negativa de dudas que además de esconder un tono inapropiado presenta como argumento general algo que sólo fue un hecho particular, tremendo ciertamente, la muerte de los doce guerrilleros, pero no por eso la AGL se descompuso. Las causas estaban en las propia evolución de las relaciones internacionales del Régimen de Franco, en la soledad del PCE y de los guerrilleros, en el mucho tiempo que llevaban en el monte para una lucha armada “donde no había enemigo militar”, la difícil articulación de un cambio de estrategia imposible de llevarla a la práctica y, como casi siempre, algún chivatazo que también se ha convertido en un ovillo difícil de desenredar. De hecho, otras organizaciones del resto de España hacía años que ya habían desaparecido, y desde luego ninguna llegó a 1952 con la entereza de la AGL. La misma pregunta cabría hacérsela a las otras Agrupaciones. Carecen por lo tanto de proyección tales reproches.

Pero volvamos a la narración de la vida diaria en el campamento de Santa Cruz, y a lo acaecido el día 7 de noviembre de 1949. Utilizando algunos documentos básicos: principalmente el informe de “Pedro”, el único superviviente de los que se encontraban en el campamento en el momento del asalto, y además antiguo jefe de la Agrupación, también un segundo informe, el de “Ibáñez” de finales del mes de noviembre de 1949, correspondiente a su 5º viaje, que es quien había conducido al nuevo grupo de mandos desde Francia hasta Cerro Moreno, y en tercer lugar los recuerdos de “Alfaro”, quien aún vive (falleció en el año 2008) y que pertenecía en aquellos momentos a ese grupo del campamento, pero que había salido una noche antes a realizar un servicio de avituallamiento con otros cuatro camaradas y que presenciaron el resultado del cerco desde el propio monte. Nos basamos también en las Actas de Defunción, en los recuerdos e informes de otros guerrilleros y de la propia guardia civil, abundantes y bien recogidos por Fernanda Romeu. Con todo ello se puede hacer una descripción más exacta de la descrita hasta ahora. (Para una más precisa comprensión habría que recurrir a mi libro Los guerrilleros de Levante y Aragón, tomo II).

De Francia habían salido en 1949 dos grupos para reforzar los cuadros de mandos de la AGL. El condu-